

Vlía

Freddy Gatón Arce



Coleção de Areia

© 2011, de los derechos autorales: Ivelisse Altagracia Gatón
Díaz de González y Luz Altagracia Díaz Gil, República
Dominicana.
© 2011, de la traducción al portugués: Floriano Martins, Brasil.
© 2011, de la presentación: Manuel Mora Serrano, República
Dominicana.
Pintura de la portada: José Ramírez Conde [Condesito] (1940-
1987), República Dominicana.
Retrato del Autor: Dustin Alexandro Muñoz Almanzar (1972),
República Dominicana.
Foto de las imágenes: Manuel Mora Serrano.
Coleção de Areia – 14
Projeto Editorial Banda Hispânica
Caixa Postal 52817 – Agência Aldeota
Fortaleza Ceará 60150-970 Brasil

Freddy Gatón Arce

Vlía

*Poema para la quinta hoja de un
trébol cualquiera*

Bilíngue, tradução ao português por Floriano Martins
Com um ensaio de apresentação escrito por Manuel Mora
Serrano

Vlía de Freddy Gatón Arce: ejemplo de automatismo surrealista

Manuel Mora Serrano

ANTECEDENTES DEL POETA

Para 1943 cuando el hecho poético acontece, Freddy Gatón Arce (1920-1994), es un atlético muchacho que apenas cinco años antes llegó a la capital de la República desde la segunda ciudad del país que había sido bautizada por Eugenio María de Hostos como *la provincia más provincia de todas las provincias*; y allí, diez años antes, de una infancia agresiva en un pueblito llamado Pimentel donde ha llegado recién nacido, y en el cual ha recibido las primeras letras. Sus grandes preocupaciones además de los estudios, hasta ese momento, habían sido los deportes y las lecturas de novelas de aventuras. Fue campeón de patinadores en las calles de Santiago de los Caballeros, jugador agresivo de béisbol donde fue lanzador y receptor, las dos actividades más rudas de ese aguerrido juego, y ya en la adolescencia, un estudiante modelo que concluyó bachillerato en ciencias naturales, porque pensaba estudiar medicina; aunque hijo de un farmacéutico y pertenecer a la clase media, su padre lo preparó para la vida práctica, egresando de la Academia Santiago con un secretariado completo que incluía contabilidad.

En Santo Domingo concluyó bachillerato en ciencias sociales abandonando los estudios médicos para iniciar los de derecho. Trabajó entretanto en una empresa capitalena por sus conocimientos comerciales, y más tarde ejerció como taquígrafo y mecanógrafo para obtener independencia económica. Estábamos en plena Era de Trujillo, bajo una de las más implacables dictaduras que ha conocido la humanidad, y Freddy era, como la mayoría de los jóvenes de entonces, un rebelde contenido.

Esta rebeldía represada exigía encauzar sus energías por algún canal además de la bohemia. Eso explica su abandono de

los deportes y su afición por la lectura y la escritura literaria, más en consonancia con su futura profesión y el ambiente capitaleno.

Joven, atlético, no mal parecido, en aquel Santo Domingo que no dejaba de ser una gran aldea, había ocurrido un hecho que había enriquecido los estamentos culturales del país. Llegaron unos españoles cultos transformando la enseñanza secundaria y universitaria y modificando, con su sola presencia en los lugares públicos, la percepción que se tenía de España y de Europa de donde emigraban comerciantes y labriegos, salvo contadísimas excepciones. Nos referimos al batallón de exiliados que eran parte de la diáspora republicana en América. Sin duda alguna, si no fuera risiblemente trágica, diríamos que se trataba de una situación política muy surrealista. A pesar de las simpatías personales e ideológicas de Trujillo con las derechas feroces que provocaron las guerras europeas y la Segunda Mundial, su prejuicio racial contra los negros y su preocupación por “mejorar la raza” le inclinaron a recibir personas de pieles claras sin importar sus ideologías, contando con la eficacia de su policía secreta. Así hizo con los judíos que se instalaron en Sosúa en el norte del país.

Además, llegó desde Cuba, justamente entonces, como secretario de la Delegación chilena un inquieto poeta llamado Alberto Baeza Flores nacido en la capital de su país, donde había sido secretario de Neruda, que conocía al dedillo el mundo literario de su patria con un racimo tan grande de poetas, que uno no se imaginaba como no lo habían hundido en la mar con la fuerza de sus metáforas; en Cuba había compartido con José Lezama Lima y los futuros miembros de *Orígenes*. Un hombre al día que se sumaba a los iberos, era la gota que derramaba el vaso. Como era peligro mortal conversar de política, se hablaba de literatura. Quizás eso explique que durante las represiones más terribles (siempre que no se trate de dictaduras donde se persigan las ideas de una forma maniática), suelen surgir movimientos culturales asombrosos.

En el ambiente capitaleno se sentía una efervescencia cultural inusitada. Se discutía en las mesas de bohemia de vanguardias, se hablaba en las calles de poesía y se leían los poetas franceses de postguerra y los españoles de la Generación del 27. Se admiraba y respetaba el talento. El dictador sentía debilidad por las personas cultas y los nombraba en altas posiciones si eran capaces de alabarlo. El pueblo llano admiraba

a los escritores y distinguía a los poetas. Se acuñaban frases elitistas como *solo creemos en la aristocracia del talento*.

Es en este ambiente donde nuestro poeta, tímido como persona, se convierte en un lector selectivo que poco a poco en las librerías del país y en las bibliotecas de los amigos, en especial la de Baeza tan generoso y efusivo, se fue encontrando en el nuevo mundo con *el regreso de las Carabelas*. Lamentablemente, Pedro Henríquez Ureña cuando dirigió en la década anterior el sistema educativo nacional, comenzó a formar una ecuménica, que no pudo completar por haber tenido que marcharse precipitadamente cuando el Dictador importunó a su esposa.

Ese era el ambiente cultural que se respiraba en la mesa de bohemia, en las calles, en las plazas y hasta en los hogares. La mayoría de estos nuevos y *sorprendidos* poetas continuó la tradición clásica de los nuevos rumbos, pero ninguno quiso aventurarse entonces en lo experimental vanguardista, salvo Freddy con *Vlía* y 5 poemas breves en prosa, y, curiosamente, en cierta forma, Rafael Américo Henríquez el más aferrado a lo clásico hispánico, con su insólito *Rosa de Tierra*, poema parasurrealista.

Freddy Gatón Arce no dejó una autobiografía ni existe una biografía suya hasta la fecha. En la presentación que hicimos de la *Antología* que publicara la entonces Secretaría de Estado de Cultura (actual Ministerio) en 2010 y en la conferencia que ofrecimos antes de la Feria Internacional que le fuera dedicada ese año, expusimos más noticias sobre su vida y de cómo los conocimientos comerciales fueron instrumentos importantes en su vida en la mecanografía y la taquigrafía facilitando en mucho sus labores en la abogacía, en el periodismo y sobre todo en la literatura.

En cuanto a mi relación personal con el poeta, y de cómo llegué a ser su confidente durante más de treinta años, y mi acceso a detalles que nunca he expresado, voy a resumirlo, ya que quizás este sea el más importante aporte que puedo dar sobre *Vlía*. En cuanto a las teorías más actualizadas sobre el poema y el surrealismo aparte de las de Manuel Rueda, me remitiré más adelante a lo que han dicho Cayo Claudio Espinal en la introducción de la citada *Antología*, y el profesor Eugenio García Cuevas de la Universidad de Puerto Rico.

INTIMIDAD FAMILIAR CON GATÓN ARCE

Freddy fue engendrado en Pimentel, mi pueblo, en 1919. Con el embarazo ya bastante avanzado, su madre, María Teresa Arce, nativa de Ponce, Puerto Rico, por ser primeriza y no haber clínica ni médico especializado en la aldea, se trasladó a San Pedro de Macorís de donde era oriundo su padre Manuel de la Asunción Gatón Richiez, y residían los familiares de ambos.

Mi padre era muy amigo del suyo, al extremo de acompañarlo a llevar a doña María hasta Sánchez para embarcarse en la Bahía de Samaná hacia Macorís del Mar, ya que no había carreteras entonces en el país. Luego fue a buscar al ya bautizado en el tren, a principios de mayo de 1920. De modo que nuestra familia tenía vínculos afectivos con la suya mucho antes de él nacer.

Aunque nuestro encuentro después de adultos ocurrió en 1959, fue en 1961 al tratar asuntos relacionados con la abogacía que entonces ejercíamos, meses antes de la caída de la dictadura, que estrechamos la amistad por la vieja relación familiar y por la afición a la vida bohemia y a la literatura. Puede decirse que a partir de entonces fuimos inseparables, tanto cuando él iba al pueblo donde residían los padres de su esposa, como cuando semanalmente iba a la capital en diligencias profesionales y me hospedaba en su casa; cercanía que se alargó desde 1984 hasta su muerte cuando trasladé mi hogar a la gran ciudad.

Como anduviéramos durante varios lustros por todo el territorio nacional, observaba su manera de trabajar la literatura. Estaba entonces en plena actividad. Publicaba un libro por año. En provincias nos reuníamos con los del Grupo del Cibao y con Cayo Claudio Espinal. Solía retirarse temprano a dormir o a escribir o leer, pero se levantaba siempre de madrugada aunque casi hubiéramos amanecido en la bohemia. Metódico a su manera, era muy celoso de su creación. A veces mientras transitábamos por el interior del país, se detenía de repente en algunos parajes, tomaba su libreta de taquígrafo que siempre llevaba en la guantera del coche, y al notar que se 'ausentaba' del lugar transcribiendo taquigráficamente algunas palabras, me alejaba pretextando cualquier excusa baladí y lo dejaba ensimismado en esa labor de transcribir con signos extraños lo que pensaba. Retornaba cuando salía a su vez y me llamaba. Nunca tuve la tentación de leer esas notas, pero recuerdo haber visto algunas sin querer al abrir la gaveta, donde

estaban entremezcladas palabras y signos taquigráficos. Parece que las ideas afluían en tropel, a tal velocidad, que era necesario transcribirlas sin demora.

En 1966 fundó el periódico *El Nacional de Ahora*, el cual dirigió hasta 1974, siendo el único diario vespertino que ha perdurado en el país. Esto nos acercó más, porque fui uno de sus colaboradores más asiduos. Durante su gestión escribió los editoriales y mantuvo un suplemento literario semanal. Sus editoriales constituyeron una escuela para las generaciones posteriores, a veces mezclando expresiones poéticas y tropos literarios para atacar las atrocidades que se cometieron durante los doce años de Joaquín Balaguer. Hoy se consideran clásicos. Por ellos fue perseguido y encarcelado.

Los detalles precisos de cómo y cuándo tuvo acceso a los procedimientos surrealistas, siguen siendo un misterio. Pero lo cierto es que se interesó vivamente en el automatismo como medio de expresión estética. Realmente ese es el motivo de nuestra intervención preliminar.

¿QUÉ COSA ES VLÍA?

Desde las letras mismas que forman el título de este extraño poema: *V L Í A*, notamos la ausencia de significado de algo existente aunque se trata de un sustantivo, que por definición es sustancia: ser. Es “algo”. De golpe y porrazo con el solo enunciado de cuatro dígitos estamos en medio de un enredo *surrealista*.

Este artefacto tiene también otra connotación. La simple lectura nos señala que se trata de una extraña mujer capaz de transformarse en muchos otros seres, como ciertas mujeres reales. De ahí sus metamorfosis. Y si es una fémina, importa saber si es un nombre real o una invención poética.

En algo tan determinante como un título, cabeza visible y eterna de la propuesta lírica, todo importa. Mucho más si estamos en un territorio donde lo onírico y lo real andan tomados de la mano como dos amantes o como dos hermanos. Sin embargo, sospechamos que se trata *realmente* del nombre de alguien físico que para el poeta existió y para el lector es *realidad tangible*.

De modo que nos hemos encontrado, nada más y nada menos, que con un *personaje*. En esta materia las fundaciones están en el teatro y en la épica. Con anterioridad en la poesía escrita en Santo Domingo teníamos dos personajes

emblemáticos: *Compadre Mon* (1940), de Manuel del Cabral y *Yelidá* (1942) de Tomás Hernández Franco. En 1944 aparecieron *Rosa de Tierra* de Rafael Américo Henríquez y *Vlía* de Freddy Gatón Arce. Los otros tres pudieron ser atrapados por el surrealismo, especialmente Tomás, que residía en París cuando el Manifiesto Surrealista de Breton sacudió el mundo cultural en 1924. Siendo él un poeta rebelde, pudo serlo, y de hecho, hay asomos en algunos poemas del fervor revolucionario que infectaba a Francia desde el *Dadaísmo*.

Sin embargo, los del movimiento de la *Poesía Sorprendida*, a pesar de la modernidad y de tener en sus filas a un militante del surrealismo en la pintura como Eugenio Fernández Granel, autor del relato *El hombre verde* (1944), una extraña narración netamente surrealista, los demás no estuvieron masivamente interesados en los movimientos vanguardistas en sí, sino en seguir los lineamientos actuales por otros derroteros, poniendo en hora los relojes atrasados y dejándose influir de los que como Valéry, Gide, Rilke, Apollinaire, etc., habían revolucionado la poesía tanto en la forma como en el fondo; derroteros que más tarde seguiría nuestro poeta.

La creación de estos dos personajes, uno totalmente onírico como *Rosa de Tierra* de Rafael Américo Henríquez y *Vlía* de Freddy Gatón Arce, significaron hitos insuperables en el devenir del movimiento.

Muchas veces le pregunté a Freddy, que siempre había sido muy comunicativo conmigo, quién era *Vlía* realmente. Sólo me dijo *que era nombre de mujer*. Me di cuenta de que podrían ser las iniciales o un extraño apodo. Se lo insinué muchas veces estando bien subidos de tragos, tratando de *sorprender al sorprendido*, y sólo me miraba de soslayo y se reía, queriendo decirme que no le sacaría un secreto que moriría con él.

VLÍA SEGÚN GATÓN ARCE

A confesión de parte, huelgan comentarios. Después que junto a otros amigos muy cercanos le pedimos que escribiera sus memorias, nos complació en parte en 1983 cuando incluyó en su libro *Cantos comunes* (Editora Taller, Santo Domingo, Ediciones de la Poesía Sorprendida, páginas 12, 13 y 16), *Un borrador para una conversación*, donde por primera vez escribió algo sobre *Vlía*, después de hablar de su poema *Muerte en Blanco* que se publicó en enero de 1944 en el No. IV de la *Poesía Sorprendida* que él dirigió, señalando lo siguiente:

“Ya yo tenía escrito a *Vlía*, el texto de escritura automática que se editó en abril de ese año y que parcialmente habría de marcar mi derrotero en el campo de la poesía.

Abandoné la práctica asidua del automatismo porque Mieses Burgos (Franklin), hábilmente me llevó a ello. Sucedió que una noche, estando solos en su estudio, él me dijo con aparente indiferencia: “¿Y cómo es eso de la escritura automática?, ¿cómo tú la haces?” Y, sin prisa pero yo hoy diría que imperativamente, me cedió el sillón de su escritorio. Hice la exhibición y Franklin pasado un rato que todavía no sé cuánto duró, me aconsejó con cariño: “Deja eso...te vi loco...”

Despedirme del automatismo como base, eje y nervio de mi labor literaria no me fue difícil, porque desde un principio lo utilicé como medio exploratorio de posibilidades poéticas, tal como me insinuara Baeza; y porque en el país se desencadenaron acontecimientos que me forzaron a alejarme de las actividades visibles, por lícitas, aunque de precario ejercicio y nulo efecto, que consintieran el arbitrario poder de turno y esto me condujo a que dedicara más horas a la lectura.”

“Aprovecho esta coyuntura para referirme a las suposiciones que con frecuencia se formulan las gentes sobre quién o qué es *Vlía*, cuál personaje o qué cosa. Esas sospechas se han multiplicado desde que el año pasado publiqué mi libro “El poniente” y en el fragmento XII del poema de este mismo título están estos versos:

Oh Vlía

este es tu poema de la reparación.

La explicación de estas dos líneas es que sigo practicando el automatismo, aunque ya éste no sea el centro de mi escritura actual; no quise, pues, eliminar estas líneas ni sustituirlas: “Ahí están, y ahí se quedan”, me dije. Y esta frase no es manifestación de voluntariedad, pues ¿quién que es auténtico suprime espontáneamente las puertas de la inesperada belleza?, y quién niega la intuición?”

Esta confesión es suficiente aval para indicar que estamos ante un texto surrealista por la revelación plena de su automatismo.

Más adelante vuelve con el tema:

“Ustedes posiblemente cuestionen que una persona que había publicado un solo cuento hasta septiembre de 1943, antes de que terminara ese año ya hubiera escrito poemas como “Muerte en Blanco” y “Vlía”, tan disímiles entre sí e insólitos en su obra total. No veo nada extraordinario en ello, y ni siquiera contemplo la posibilidad de que el genio me frecuentara, como atrevió sostener alguien movido por no sé cuáles fuerzas o adivinaciones; en cambio, sí considero que la lectura, la meditación, la inquietud y un travieso afán competitivo continuamente norman mis tareas, que son tareas de amor. Pues podríase sugerir que lectura y reflexión hay en “Muerte en blanco” y que inquietud y diablura recorren a “Vlía”. Lo sobradamente racional del primer poema no excluye la emoción, de igual manera que lo desorbitado del segundo no se extravía del pensamiento. La diferencia entre uno y otro texto es de técnica y método de trabajo, más que de temas y un examen de ambos arroja el balance de que los escribió la misma persona en instantes distintos, y eso es lo que importa. Y no es cuestión de estilo ni de individualidad, sino de querer –en intimidad siento que es un querer acendrado y expresión correcta y animada de suyo en los dos textos; luego, búsqueda permanente de la belleza por la exploración de diversos caminos que pueden llevar a la poesía.”

VLÍA SEGÚN OTROS AUTORES

Esa es la opinión personal de Freddy. Nos quedamos, por ahora, con su declaración de que fue un ejercicio de automatismo. Sin embargo, Manuel Rueda en el prólogo a la edición de *Retiro hacia la luz (Poesía 1944-1979)*, Ediciones Siboney, 1980, páginas VII a IX, opina de manera parecida y admite que es surrealista y que es la primera obra importante de la vanguardia en el país. Otros autores, como Stefan Baciu, Alberto Baeza Flores y Ramón Francisco, sembraron la duda. De refutarlos se encargaron dos poetas ensayistas actuales cuyas opiniones aparecen más adelante. Rueda nos señala:

“Freddy Gatón Arce con “Vlía”, poema antes mencionado y que constituye el primer intento de escritura automática (y tal vez el único) realizado en el país y uno de los más notables que ha producido el surrealismo en América.

Más que admiración, “Vlía” causó estupor, los breves poemas sueltos que le habían precedido, incluyendo pequeños relatos en prosa poética que el autor tituló “biobrevis” y que empezaron a salir en la portada de la revista, no pasaron de considerarse como excentricidades. Otra cosa era el poema largo presentado en un solo cuaderno, huérfano de coherencia o, al menos, de la facilidad de lectura que ofrece el verso, aún cuando este sea libre o igualmente enigmático.

Comenzaron entonces los rastreos en busca de significados comprometedores. Pero el poema luchó contra todo intento de penetración, contra cualquier asalto a su desafiante identidad. Ya hoy podemos comprender el fenómeno. “Vlía: alucinación”, dice el autor en el texto, con lo que comprendemos que mecanismo estaba lejos de ser accionado por alguna idea preconcebida. El secreto consistía en saber que “Vlía” era un raro infierno de la palabra sumergida en la noche del subconsciente, palabra que aflora siempre en la superficie en busca de las referencias de la luz.

Vlía: cuerpo lingüístico dual, hecho de los desenfrenos del sueño y el rigor de la razón vigilante. Con la experiencia Gatón Arce no ha perdido el dominio de su pulso creador, sintiéndose solo a ratos el discurrir incontrolable del verdadero automatismo bretoniano.

Nos encontramos entonces frente a un texto cuyas acometidas se presentan en planos disímiles de la experiencia, formando un todo con dos realidades contradictorias. “Vlía” es la criatura verbal que navega entre dos aguas como en un infierno inevitable de indecisiones y de búsquedas, debiendo considerársela, por ello, la primera gran obra de vanguardia escrita en el país.

Llevar al plano de la razón cada uno de sus elementos sería tarea ímproba, buscar significados congruentes en ella, craso error. “Vlía” se resiente a la tiranía de los significados concluyentes. “Vlía” no significa: o cuando más, debemos aceptar que su significado es consecuencia de su existir como puro artefacto verbal. Es la que la convierte en una obra eminentemente subversiva que ha contribuido a la agilización de la actual poesía dominicana, en la que permanece como un verdadero hito.”

Como dijimos, hubo algunas contraposiciones sobre si *Vlía* era o no un poema surrealista. Veremos ahora lo que los citados

estudiosos de la poesía dominicana - primeramente, Cayo Claudio Espinal en el prólogo a *Freddy Gatón Arce, Antología* (Dirección General de la Feria del Libro, 2010, Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar. Selección de Manuel Mora Serrano y Cayo Claudio Espinal), y luego el investigador acucioso, ganador de un premio nacional de ensayo, profesor de letras en la Universidad de Puerto Rico, Eugenio García Cuevas, en su libro *Poesía moderna dominicana del siglo XX y los contextos internacionales Estudio sobre la Poesía Sorprendida* (Editora Nacional, febrero, 2011) - dijeron al respecto de este importante poema.

Sobre Baciú, Baeza Flores y Ramón Francisco, Cayo Claudio expresó, entre otras cosas, las siguientes:

“*Vlía* no sólo es automatismo psíquico puro, sino que también es, al mismo tiempo, un relato de sueños, dos claves de la estética surrealista planteada por André Breton; y, en consecuencia, en lugar de que *Vlía* sea parasurrealizante, como afirma el crítico rumano Stefan Baciú, o, incluso, como parece sugerir Baeza Flores, *Vlía* abarca toda la gama de la ortodoxia surrealista, pues al mismo tiempo es automatismo y sueño, y contiene el tono general de la *Revolución Surrealista*, incluso en su parte de rebeldía social y política. En consecuencia, el hecho de incluir las dos principales técnicas planteadas y mantenidas por el surrealismo para caracterizar el texto surrealista, en lugar de posibilitar la calificación de parasurrealizante, o surrealizante, lo que debe es liquidar toda duda acerca del carácter profundamente surrealista de *Vlía*, ya que su práctica no se aleja o distancia del surrealismo, sino que lo asume hasta sus máximas posibilidades expresivas, sobre todo que, recordémoslo, *Vlía* está escrito “entre el sueño y la vigilia.”

Pero aun así, la afirmación de Baciú es categórica: “La publicación de *La Poesía Sorprendida* no creó poetas surrealistas en Santo Domingo”; (*Antología de la Poesía Latinoamericana*. Edt. Joaquín Mortiz, México, 1974, pág. 85), pero la realidad luminosa de *Banda de Copas*, y de *Vlía*, así como la de otros textos del propio Freddy Gatón Arce, lo contradicen y lo desmienten.

El poeta y crítico chileno Baeza Flores afirma que “*Vlía* es el primer cuaderno donde el surrealismo o el parasurrealismo o la poesía surrealizante, en idioma español, está presente en el anfiteatro del Caribe.” (*La*

poesía dominicana en el Siglo XX, tomo III, Edit. Industrial de Artes Gráficas Ril, C. por A., Santo Domingo, 1986, pág. 455). Esa enumeración clasificatoria es la prueba de la duda de Baeza, para quien la filiación estética de *Vlía* es confusa, y no puede sino mantenerla indecida; sin embargo, de manera contradictoria, afirma que *Vlía* es “una epopeya al revés, de una tremenda desintegración –a través del verbo– de lo que existe y de una intensa integración del yo y del nosotros a través de las imágenes del subconsciente, del automatismo psíquico puro y del rastreo del inconsciente colectivo según la imagen de Jung. Por esto digo que *Vlía* es el anverso de la epopeya-lírica, pero no deja de ser un poema epopéyico del vendaval existencial del ser dominicano contemporáneo, en la Era de Trujillo, y donde el amor y los mitos, la soledad y las transfiguraciones y la ternura, se entrecruzan y complementan.” (Ob. Cit, pág. 392). Es indudable que Freddy Gatón Arce toma rasgos de la *neoépica* y de la *lírica* para crear a *Vlía*, que es el grito puro de quien se ha extraviado en la noche del inconsciente, y entre el sueño y la vigilia, encuentra los símbolos exactos de su verdad y define su quehacer político ante la vida.

También expresa Baeza Flores: “*Vlía* de Freddy Gatón Arce es un cuaderno maldito, una obra *parasurrealista* o *surrealizante* donde los ‘sagrados principios’ de una vida ordenada, católica y burguesa han sido puestos de cabeza, vueltos de revés.” (Ob. Cit., pág. 402) Observamos que en esta parte, Baeza ya afirma que *Vlía* es únicamente *parasurrealista* o *surrealizante*, que es lo mismo que decir que no es *surrealista*. El poeta Ramón Francisco niega también que en *Vlía* haya escritura automática, en el prólogo del libro *Son Guerra y Amores*, bajo el título *De la Aldea, de los Trenes y del Éxodo o sea, un Análisis (y) una Épica*, expresa: “La verdad es que *Vlía* no fue nunca *escritura automática*, la cual verdad no invalida la codificación *surrealista* con que debe reconocerse al poeta Gatón Arce de los primeros años.” (pág. 28). Me parece que estas afirmaciones de Alberto Baeza Flores, y de Ramón Francisco, son erróneas; para confirmarlo, sólo tenemos que leer a *Nadja* de André Breton, que no es escritura automática, sino el relato de un sueño, y, sin embargo, nadie puede decir que porque no hace escritura automática, ha dejado de ser *surrealista*, aun habiendo sido escrita por el propio André Breton. Ese razonamiento de Stefan Baciu, aceptado por

Baeza, equivale a decir que quien no hace *escritura automática*, no es *surrealista*, lo cual, evidentemente, es un equivocación, como lo prueba la historia del *surrealismo*. Creemos que el *automatismo* es verificable por la pérdida de sujeción lógica en el orden sintáctico y por las imágenes absurdas y maravillosas que por efecto de ese procedimiento se producen, al conectarse con el funcionamiento del inconsciente, y, acaso, simultáneamente, o no, con las del sueño, para expresar la poesía, la belleza, desde las fuentes irracionales del ser.

En realidad, *Vlía* puede tener tantas interpretaciones como lectores.”

Concluyendo finalmente, al expresar:

“Podríamos resumir el mundo que nos presenta *Vlía*, de la manera siguiente:

Vlía es un personaje imaginario y real, antropomórfico, que, desde el punto de vista retórico, es una paronomasia, un símbolo sonoro, usada para nombrar de manera irracional a la vida, la amada verdadera y primordial del poeta, la que está en su raíz más profunda y sin la cual él mismo no puede literalmente existir, a quien le debe el ser, compuesta por todas las cosas de su interior y de su exterior, *Vlía*, la vida, discurre frente al mar, donde se transforma en todos sus otros, los animales, las cosas, cada hombre, la multitud, el sueño, la realidad, incluso el demonio, que es con ella y en ella; pero el poeta, narrador omnisciente, se da cuenta que el mundo es insoportable, pues una tiranía subyuga la vida, a su amada, es decir, a *Vlía*, y ni siquiera la Iglesia, la esfera encargada de la jerarquía del orden de Dios, se opone, a consecuencia de lo cual el poeta se revela, desafiante, como si estuviese endemoniado, se apodera, a causa de su condición de amante de la vida, y denuncia el estado de cosas, pero nadie oye, porque lo único que es escuchado es el lenguaje del miedo, hablado de oídas, por lo que, quizás, lo lógico es penetrar en la lógica del lenguaje del mundo subterráneo, el de la sub rosa, el mundo primordial, aquel que permite a las cosas nacer, para crear la transformación del mundo, para salir del raro infierno, que el poeta describe con detalles; pero esto no es fácil de lograr, y las cosas permanecen inalterables, fijas, como si nada estuviese pasando, lo que provoca que el poeta realice una proclama

para que todo se detenga, para que cesen todas las cosas que impiden la transformación y el cambio del mundo injusto; pero no es escuchado, y nada sucede; entonces llama a la gente a cometer el crimen, las convoca a suprimir la causa de su opresión, las llama a asesinar al tirano, el clima de todas las cosas corriendo ante sus ojos, las fuerzas superiores imponiéndose, entre la vigilia y el sueño, entrando y saliendo, para expresar una belleza cortada, violenta, herida, zafada de su prosodia y de su sintaxis, para el cuerpo de la trama, para la profundidad de la rebeldía estética y política, cantando, en trance de sueño y de vigilia, de la totalidad de las fuerzas irracionales, con las que se embriaga la realidad, con todas las categorías metafísicas envueltas, porque para el poeta esta no es sólo una propuesta verbal, algo que sólo se canta, dejando abierta al final del poema otras posibilidades, a pesar de haber profetizado que quizás para el mes de mayo ocurriera el crimen convocado por él, que como tal, en ese mismo mes, pero de un año distinto, quizás el año del sueño de *Vlía*.

Frente a la obra surrealista creada por Freddy Gatón Arce se ha cometido una gran injusticia, en Latinoamérica, en la lengua española y en la propia historia del surrealismo, donde todavía no ocupa el lugar que, de manera evidente, le pertenece. Apenas ahora, después de setenta años, se comienza a enmendar. A pesar de todo, su exclusión de los estudios y antologías internacionales acerca del surrealismo, mantenida por tanto tiempo, comienza revertirse, así lo demuestra la inclusión de la República Dominicana en el mapa del surrealismo americano, realizada por el poeta y ensayista brasileño Floriano Martins, en su antología *Un Nuevo Continente, antología del surrealismo en la poesía de nuestra América* (Monte Ávila Editores, Caracas, 2008), que selecciona a los más sobresalientes poetas de América del Norte, del Sur y el Caribe, que incluye a Gatón Arce como uno de los surrealistas representativos, al lado de poetas que poseen un incuestionable peso en la historia mundial de ese momento, junto a figuras emblemáticas del mismo en nuestro continente, como Aimé Césaire. Cuan lenta corre la espiritualidad, a pesar de que el pensamiento es más veloz que la luz.” (págs. 93-95).

Por su parte el profesor Eugenio García Cuevas, contradice también a Baciú, cuando reseña lo siguiente en la obra citada, páginas 178 y 179:

“Si se toma en cuenta que Freddy Gatón Arce es un poeta formado fundamentalmente en los talleres de LPS, el fragmento recuperado y luego la publicación del largo poema surrealista *Vlía* (1944), [1] cuando el poeta apenas cuenta con 24 años, se dejan sentadas las bases para afirmar que a partir de la LPS se operan cambios significativos en el devenir de la poesía dominicana y que la revista logra actualizar y modernizar la poesía dominicana en concordancia con las escuelas poéticas más actuales de los años cuarenta, tanto en Hispanoamérica como en Europa, especialmente francesas y españolas. Hasta este momento la escritura del automatismo surrealista programado es inédita en la poesía dominicana. Arranca con Gatón Arce.”

De modo que esa es la opinión, de un compañero *sorprendido* y de dos figuras importantes de la literatura dominicana de nuestros días.

Para cerrar el debate y poner mi grano de arena en el mismo, quizás la razón que he tenido para participar en esta edición, debo confesar unas experiencias personales con el autor.

Nunca me pidió que no lo dijera, aunque cualquiera puede imaginarlo fácilmente.

Recordemos que en el primer manifiesto surrealista se dijo entre otras cosas, que era un sustantivo masculino y de entre sus sesenta páginas originales, siempre se recuerdan algunos momentos, sobre todo los relacionados con el automatismo:

“Automatismo psíquico puro, por cuyo medio se intenta expresar, verbalmente, por escrito o de cualquier otro modo, el funcionamiento real del pensamiento. Es un dictado del pensamiento, sin la intervención reguladora de la razón, ajeno a toda preocupación estética o moral.”

“El surrealismo se basa en la creencia de una realidad superior de ciertas formas de asociación desdeñadas hasta la aparición del mismo, y en el libre ejercicio del pensamiento. Tiende a destruir definitivamente todos los restantes mecanismos psíquicos, y a sustituirlos por la resolución de los principales problemas de la vida.”

Recordemos que quienes inician a Freddy en el surrealismo son Alberto Baeza Flores y Eugenio Fernández Granel, influyendo en él que era un gran lector de la poesía francesa, para absorber plenamente las directrices básicas del surrealismo, porque aunque se refiere al automatismo, y los *sorprendidos* fueron una punta de lanza de modernidad que puso al día las letras nacionales, los lectores no estaban preparados, ni siquiera en el nivel medio, para un automatismo absoluto.

He aquí la revelación y el aporte que hago en el prólogo de esta edición bilingüe:

El autor me contó que se trataba de un largo poema sin puntuaciones. Algo que difícilmente hubiera sido asimilado en aquel momento en el país; es más, las ideas le fluían con tal rapidez, que el original estaba escrito con signos taquigráficos y letras, costumbre que mantuvo cuando recibía esos repentinos informes del infinito, sin duda, puro automatismo, como más arriba confesara. Es una lástima que Freddy fuese tan meticuloso destruyendo los borradores y apuntes que le servían para sus poemas, porque sería un espectáculo visual casi mágico encontrar el texto entremezclado de signos taquigráficos y palabras. El efecto hubiera sido sin duda deslumbrante y a André Breton cuando visitó más tarde a Santo Domingo le hubiera fascinado verlo y no se hubiera cansado de alabarlo. Y luego de santificado por el Pontífice, ni Baciú ni nadie se hubiera atrevido a sostener que no era un ejercicio surrealista de ley.

Cuando él enfermó gravemente, con la esperanza de que estas y otras páginas se hubieran salvado, como tenía acceso a su biblioteca, fui con la intención de guardar algunos borradores si los encontraba. Nada había.

Vamos a copiar el primero, por ser el más breve de los cantos, *Oído inescuchado*, totalmente sin los signos de puntuación, para imaginar el efecto inicial:

Los espacios quietados azules de enclavados astros dan su violeta a la torre invertida del cielo la torre extática muda salta nerviosa en sus risas y gemidos como mama tallada de virginidad cantar de los gallos espacia la vigilia y el mundo noche de todos los donceles la vida ha perdido un inconsciente de por qué la vida el traje color rubor de timidez quedó destrozado en el valladar de los ojos clavada torre en el mar de los sueños remolino de sangre de la

sensitiva blancor de olas altas llagadas como la
incertidumbre o dos pavores y cinco pétalos caídos traéis a
Vlía las cintas grises de la ciudad interior crúzanse desiertas
a trechos regulares espigados señores negros asoman su
cabeza de ojo macilento y el gato negro acecha Vlía anda
como el viento es el viento que sopla hacia el mar Vlía mar
de angustia se azulan sus pasos anohecen sus cabellos de
tanto ser la noche y el gato negro acecha Vlía todo un gato de
Noche el almendro se desprende de sus pupilas los ojos
rodantes de la playa buscan su órbita amarga
la arena rastro de vientos fatiga de pupilas sudario del mar
espaldas de Vlía Vlía la dama blonda Vlía de amarillez de
verde es indiscreta su lengua de plata cuenta cosas al oído
inescuchado párpado de toda quimera Vlía

Naturalmente, nos damos cuenta de que realmente fue así,
en un solo bloque, como se escribió originalmente, no sólo este
canto, sino todo el poema. Las divisiones y los signos fueron un
trabajo de orfebrería gramatical. Incluso, la continuidad se
observa, si después de *quimera de Vlía* se unieran los
fragmentos:

nosotros ya no sucede nada la mar no tiene remordimientos
y la brisa no la despeina un saludo queda suspenso en las
miradas en las búsquedas íntimas y o hay más que nosotros
Vlía tú y yo que nada sabemos ni siquiera sonreírnos de una
vida a otra y pensamos como si fuéramos uno solo que se
desvive en el cielo de todos los días nublados por azules
nosotros ya no queremos ni siquiera mirarnos a través de las
pupilas azules estamos como si fuéramos dos ojos cuatro y
cien corazones desplegados ya no podemos más y Vlía y tú lo
comprenden perfectamente

Como bien dicen Espinal y García Cuevas, si Stefan Baciu se
hubiera detenido más morosamente sobre *Vlía*, se hubiera dado
cuenta de que ciertamente estaba ante un poema automático, y
más si se hubiera topado con el original. Sin embargo, nada
podemos especular sobre ese texto. Lo que vale es lo que ha
quedado. Y el poema que hay es el que editó en abril de 1944 en
el cuadernillo de la *Poesía Sorprendida* y luego en su libro
Retiro hacia la Luz en 1980, en cuya corrección estuve presente
con Cayo Claudio Espinal junto al poeta cuando revisamos las
galeras en La Joya, San Francisco de Macorís, siendo esa la

edición definitiva. Todas las demás, salvo la actual, adolecen de pequeños errores que hemos advertido y corregido.

Vamos a concluir porque creemos que con las opiniones vertidas, algunas quizás muy extensas, como las de Espinal, la escueta del autor, las de un compañero de aventuras literarias y las también breves de un profesor de letras, no hay dudas de que se trata de que *Vlía* es un artefacto surrealista, a falta de otra mejor definición.

CONCLUSIONES

Tremenda tarea sería la de explicar a estas alturas qué es, ó que fue realmente el surrealismo. Los lectores si no saben perfectamente lo que es el surrealismo, lo intuyen, porque los pintores, con Salvador Dalí a la cabeza, se han encargado de darnos una idea, que aunque se tache de comercial, es la que todos tienen vigente. Aparte de señalar que fue un movimiento de vanguardia surgido en 1924 en París liderado por André Breton, etc., etc., todo lo demás, cuando se va a los detalles más interesantes, nos conduce a un callejón sin salida. Regresamos diciendo perogrullescamente: *es lo que hicieron o hacen los surrealistas*.

Sin embargo, aunque no sabemos qué es el *surrealismo*, sí sabemos, al parecer, lo que *no es*. Es tan simple, que frente a un texto, un cuadro o cualquier manifestación artística determinada, de solo leerlo o verlo, decimos: *Eso es o no es surrealismo*.

Podríamos señalar ejemplos clásicos de André Breton, Paul Eluard, Tristán Tzara, Antonin Artaud, Louis Aragon, René Chard, Raymond Queneau, hasta Jean Tardieu, salvo quizás en parte Aimé Césaire, casi todos ellos, menos Tzara que viene de su propio *dadaísmo*, utilizan especialmente en las prosas, los signos convencionales. De modo que el uso o no, de tales instrumentos del lenguaje escrito, no significan que un poema por utilizarlos pueda ser considerado no surrealista.

Si bien los relativamente jóvenes escritores Cayo Claudio Espinal y Eugenio García Cuevas expresan sus opiniones tajantes sobre lo surreal de *Vlía*, nos parece que la opinión de Freddy Gatón Arce cuando dijo que el automatismo había sido *base, eje y nervio de mi labor literaria* y en especial la de Manuel Rueda, contemporáneo suyo, por el lugar que tiene en la literatura nacional, resultan concluyentes. Con ellas cerramos esta introducción, porque no creemos que se deba añadir cosa

alguna que no sea invitar al lector a navegar por sus páginas en español y en portugués con la magnífica traducción de Floriano Martins, y luego de esa aventura, que sea el propio lector quien diga, si lo que acaba de leer es o no, para él, surrealismo de ley.

De Freddy, bastan estas palabras:

“Ya yo tenía escrito a “Vlía”, el texto de escritura automática.”

De Manuel Rueda:

“Freddy Gatón Arce con “Vlía”, poema... que constituye el primer intento de escritura automática (y tal vez el único) realizado en el país y uno de los más notables que ha producido el surrealismo en América.”

“Vlía: cuerpo lingüístico dual, hecho de los desenfrenos del sueño y el rigor de la razón vigilante. Con la experiencia Gatón Arce no ha perdido el dominio de su pulso creador, sintiéndose solo a ratos el discurrir incontrolable del verdadero automatismo bretoniano.

Nos encontramos entonces frente a un texto cuyas acometidas se presentan en planos disímiles de la experiencia, formando un todo con dos realidades contradictorias. “Vlía” es la criatura verbal que navega entre dos aguas como en un infierno inevitable de indecisiones y de búsquedas, debiendo considerársela, por ello, la primera gran obra de vanguardia escrita en el país.

Llevar al plano de la razón cada uno de sus elementos sería tarea ímproba, buscar significados congruentes en ella, craso error. “Vlía” se resiente a la tiranía de los significados concluyentes. “Vlía” no significa: O cuando más, debemos aceptar que su significado es consecuencia de su existir como puro artefacto verbal. Es la que la convierte en una obra eminentemente subversiva que ha contribuido a la agilización de la actual poesía dominicana, en la que permanece como un verdadero hito.”

Creemos que Cayo Claudio Espinal, Eugenio García Cuevas, Freddy Gatón Arce y Manuel Rueda han demostrando de manera irrefutable que *Vlía* es un poema surrealista.

NOTA

1. En su *Antología de la poesía surrealista latinoamericana* (1974. pág. 85), el famoso crítico Stefan Baciu señala que “La Poesía Sorprendida no creó poetas surrealistas en Santo Domingo, ni debe haber sido esa su intención”. Aunque tampoco es mi intención hacer una apología sobre el impacto de esta corriente poética en la República Dominicana, lo cierto es que si Baciu hubiese tenido acceso a la plaquette de *Vlía*, de Gatón Arce, publicado por LPS en 1944, tal vez su juicio hubiese sido otro, pero da la impresión de que el crítico rumano no tuvo ni siquiera acceso a la serie completa de LPS, donde habría podido rastrear con más certeza las huellas de la escritura surrealista, no solo en Gatón Arce, sino también en Mieses Burgos y en Aída Cartagena Portalatín, e incluso en Rafael Américo Henríquez, poeta que viene de una promoción anterior, con su cuaderno *Rosa de tierra* (1944). La evidencia que descalifica de entrada el juicio de Baciu es tan clara, que incluso Alberto Baeza Flores llega a decir que las corrientes poéticas predominantes al interior de la LPS eran sólo dos: una cuyo mejor exponente es el cuaderno de *Vlía* de Gatón Arce, pero al mismo tiempo corre una poesía de comunicación bastante directa de participación neoclásica cristiana (Baeza, 1977, pág. 445). Pero la falta de información de Baciu en cuanto a la poesía dominicana es tan clara que éste llega a decir incluso que de la LPS se publicaron 16 números (Baciu, pág. 84) cuando en verdad fueron 21.

[Santo Domingo, República Dominicana, 28 de mayo 2011.]

VLÍA
*Poema para a quinta folha de um
trevo qualquer*

1.- Ouvido não escutado

Os espaços acalmados, azuis de encravados astros, dão sua violeta à torre invertida do céu. A torre, estática, muda, salta nervosa em seus risos e gemidos, como teta entalhada de virgindade. Cantar dos galos espaça a vigília e o mundo – noite de todos os donzelos.

A vida perdeu um inconsciente de por que a vida. A roupa da cor do rubor de timidez ficou destroçada na cerca dos olhos. Cravada torre no mar dos sonhos – redemoinho de sangue na sensitiva, brancura de ondas altas chagadas como a incerteza, ou dois pavores e cinco pétalas caídas – tragam a Vlía.

As fitas acinzentadas da cidade interior cruzam-se desertas. Em trechos regulares espigados senhores negros debruçam sua cabeça de olho macilento. E o gato negro espreita...

Vlía anda como o vento – é o vento! – que sopra para o mar. Vlía: mar de angústia. Azulam-se seus passos anoitecem seus cabelos de tanto ser a noite. E o gato negro espreita! (Vlía, todo um gato de Noite.)

A amêndoa se desprende de suas pupilas. Os olhos rodantes da praia buscam sua órbita amarga.

A areia: rastro de ventos; fadiga de pupilas; sudário do mar; costas de Vlía: Vlía.

A dama renda – Vlía de palidez de verde – é indiscreta: sua língua de prata conta coisas ao ouvido não escutado – pálpebra de toda quimera –: Vlía.

2.- Orvalho sob rosa

Nós. Já nada acontece. O mar não tem remorsos e a brisa não o despenteia. Uma saudação fica suspensa nos olhares, nas buscas íntimas, e não há mais do que nós. Nós: Vlía, tu e eu, que nada sabemos, sequer sorrimos de uma vida a outra, e pensamos como se fôssemos um, um só que desvive no céu, de todos os dias nublados por azuis. Nós já não queremos nem mesmo nos olharmos através das pupilas azuis. Estamos como se fôssemos dois olhos, quatro e cem corações desdobrados. Já não podemos mais, e Vlía e tu o compreendem perfeitamente. Não nos encontramos nem no cálice da redoma da bruxa carregada de lavandas. Creio que nossos olhos estão cansados das distâncias percorridas, e que não podemos nos reivindicar nos sonhos carregados de orvalho febril. Iremos navegando no mar de todas as insipidezes coalhadas de doçuras e de todas as sagradas mentiras. A vela que surge à distância – Vlía e tu e eu, gaivota de horizonte – se agigantou de ventos para adentrar a foz de acanalados sentimentos. Nós, que esperamos de nós? E de ti? E de Vlía? Estamos situados na infinita distância da proximidade e nem sequer soluças. As lágrimas se fizeram para a força. Teremos que inventar uma nova telepatia das almas para nos encontrarmos extraterrenos, ou sob rosa – como queiram os fados de todos os nossos desejos, os teus desejos teus, os desejos de Vlía. Já não podemos nos encher mais de mentiras inclinadas de olhos e dedos de frentes – cuidados de cabeleiras invisíveis. Devemos ir vendo nesse mapa que carece de posição fisiológica: coração. Quero – queremos tu e eu e Vlía bem o sabemos: sempre quisemos em todos os anseios apagados de sonhos – que possamos ir onde tenhamos o que ninguém sabe, o que todos sabemos desde antes de nos conhecermos. Porque nem teus olhos, nem os olhos de Vlía, nem os meus, estão espelhando nada, sequer a nós mesmos, Vlía. Eu quero que saibas – que saibamos nós – que nada mais acelera meu coração.

3.- Cristais destrocados

Que se detenham todos! Pássaros ancorados no fôlego; espelhos com embaçadelas de vidas úmidas. Que se detenham todos: Universo, Sol e lua; os astros e a imagem – gota de orvalho de arco-íris na sinistra flor de cinco pétalas; os olhos que brotam das órbitas infinitas para se eternizarem na visão do jardim, a fonte muda, os perfumes definidos, Vlía e tu, e as margaridas que caem sobre a almofada desesperada – mão encrespada – que se detenham. Que se detenham todos. E a jaula que voa na pupila encarcerada e a rosa amarela cessem em seu Vaivém de angústias. Que se detenham todos porque o demônio quer sonhar e eu, Vlía, o possuo perseguindo pela pradaria de verdejante púrpura apagada. Ele agora sonha – como se fosse tu, Vlía! –, sonha em mim: ritmo interior de todas as borboletas.

Aquela menina do pássaro encravado em todas as emoções da vida perdida de quebrantos verdadeiros esquecidos de perfumes idos na beleza das palavras, no fluxo das ondas das penumbras quebradas de rochas chovidas, como da mão de uma pomba ou de um – amendoeira partida pelos raios do sol – relâmpago de luz nos destrocados cristais; aquela menina: lembrança sacudida em meus ouvidos virados ventos harmoniosos de sinos; aquela menina que enche a alma de todos os ciprestes melhores e longamente erguidos copa abaixo; essa que nos transfigura, Vlía, como se estivéssemos sentados no fundo do mar; cabeleiras soltas em todas as correntes; a essa que eu penso em minha loucura, como em ti, endemoninhadamente colérica: sorriso desfraldado da forma do laçao – eterno guardião dormente; a essa que brinca na mesa de horizontes como cabeleiras de rosas, o triângulo diverso da feminilidade: verde aridez de primavera adormecida nas ausentes consciências do poema – luz dos olhares, as lentes equívocas de vigílias defumadas; a do respirar de iodios níveo-azuis; a essa debruçada na poltrona manca de mil cílios dispersos; a essa que eu possuo como o demônio, como a ti, urgido por todas as loucuras, passageiramente...

A essa eu a sonho despertando quando a paisagem das misérias desce para angustiar-se nos músicos: degraus de

árvores nascidas nas noites de todos os homens que não
caminham como as pedras, sob as águas...

4.- Rotas inefáveis

Um silêncio estrangula a garganta de luz inventada: o pátio interior amanhece um sorriso de primavera; os cílios – marco alado – vestem de verde seu vermelho de olhos fechados; a mão de fogo enegrece as pálpebras – transparências recém-nascidas de inquietos pássaros sombrios. Vlíá: Alucinação.

Já tentei muitas vezes, demasiadas, tantas que os sonhos protestam! Jamais quis pedir nada; apenas uma lembrança – em nome do amor, uma lembrança. Que a resistência tivesse um desmaio, que deixasse sua cabeça degolada languidamente sobre um tronco, e que a brisa se tornasse fria, mais fria sob a árvore da incompreensão, porque os desesperos gelam a tarde. Não pedi aos peitos um sobe e desce de hipocrisia, nem às gases manchas de sangue, como uma dor a duas negações. Pedi apenas a presença de um passado: um outono sem folhas secas, preparativos matrimoniais ou sensatezes que se substituem. Não posso aguardar o retorno de uma alma rota sobre a almofada de dois espaços, um que não é meu, para então devolvê-la unvida por meu ardor. Não aguardo nada! O lábio da lua não mente na quimera: – de noite seus prantos, Senhor de suas vigílias, e é tua quando está dormindo. Não quero aguardar nada! A citação, renovação da imagem, eu a entreguei ao ar para sonhar com os astros porque acima do amor ela se encontra pura. Não quero aguardar nada! Nem a reconstrução. Sobre o dedo das ruínas apenas a lembrança deve erguer-se: vagos pressentimentos de reconciliação: ignorar de seres encontrados em rotas inefáveis. Não quero aguardar nada! Nem a chegada da água que não tem os campanários dos floreiros, nem a sublime emanção das cores. Não quero aguardar nada! Apenas as grandes horas que se esquecem por sonhadas.

5.- Sonho aparecido

Para o amor tudo se faz breve lentidão. A inconstância não vê no quarto escuro ou se alastra na fúria. Luzeiros sem amendoeiras prejudicam a profissão de adorar. Não movem o ódio salvador do tédio. A realidade indica um natural encantamento interior, emocionado, ao reverso dos olhos, intensamente. A madrugada pertence ao gato negro – velho habitante do aprazível – fica no terraço úmido – órbita da noite raptada ao céu. Dança e outros pés habitam o frenesi. O castigo não sorri nem janta. Nem melancólica quietude nem alvor de rouxinóis, soam três perdões na janela – infração da citação lunar e das cortinas. Olhos de imagens sagradas restam sepultados nas conquistas sem copas que acalmam os tristes – prolongamento do ar até a aurora. Tudo ficará distinto! Distante reconstrução do mundo, sucinta aresta da mudez, e tu, irrepreensível na propagação do vício. Para nascer escolheremos a pérola do campanário nadando na alvorada – suave admiração da queda. Florescendo tudo, não nos distinguiremos, será preferível fabricarmos uma maçã inicial em um caminho sempre invisível. O brotar das cavernas indica raro encantamento e um que outro movimento pulmonar na quimera. Consumir-se leva à desordem. Não diviniza a serpente que está de vigia, há que deixá-la como lombada nos troncos da insônia. Bateremos uma vez, e o eco nos repetirá ao infinito – ouvido interior petrificado na dissolução das pétalas, tosca mecânica nas margens. Para nossa primeira divinização, regressemos à intempérie, recusemos os pés. Depois do nascimento, a perduração do amor necessita intensa embriaguez de entranhas.

A amargura jamais deve mostrar seus dentes; escapar pelas mãos, murchando o sal que provoca, é o destino do sorriso.

A fantasia não deve piscar se estamos de mãos dadas. Para seguir na ressurreição basta uma febre e muitos dedos apertados. Essencial é ir com os lábios de zombaria para todo o resto, que não outra coisa em nós se agita, senão a criação de algo inadequado. Um banho de espiritualidade conforta, porém marginaliza o gozo. Para não perder a serenidade, um salto é necessário. Na cadenciada tristeza dos outros buscaremos regozijo perene – subterfúgio para nos desguarnecermos

insensivelmente, as palavras não devem nos preocupar, somente nós damos sentido às estrelas. Imaginar um céu sempre igual, acontece aos despreocupados. Crescer os olhos por uma trapaça da natureza, sucede às pessoas que carecem de uma interioridade liberada. Já que nascemos, isto de nos parecermos com muitas extravagâncias que usam dois pés ao invés de seus quatro naturais, nos privaria do ridículo que tanto se aproxima do patético. Um perfume e outros nomeados não formam uma rosa, há que arrancá-la do ar, soberbamente. Para te fazer não tive que viajar às minhas, uma idéia satisfaz ao incríado. Para não esquecer nada, eu te dei poesia, indigestão de poltronas e luvas. Assim seremos semelhantes: alongar o tempo abstraído de nossas incursões, é a sabedoria que nos separa do cotidiano. O dormir nos interroga para nos salvar do regresso. Há que dormir uma revelação dos ouvidos, e alguns rangidos mais no coração. Ficar como um desmaio da Morte é retrógrado. Projetemos as pálpebras sobre o mato baixo do caminho, já que continuar no pó nos dá a sensação de inatos. De qualquer maneira, ali finaliza o processo natural deles – grosseira comédia sem ato determinado – e nosso telão cobra asas infatigáveis. Nossa respiração nos traz outras respirações; contagiar-se delas propiciaria a impureza de nossa verdadeira missão, ficarmos como nuvens sem chuvas, e tu quiseste um presságio de orvalho no hálito da manhã. Para a contemplação é requerido projetar os olhos no sol. Se temos que continuar, o sofrimento se impõe, o gozo se antecipa nos covardes. Vamos por partes: que os tentáculos apalpem o ar de invisíveis cabeças degoladas, onde prima o diamante do azul. Antes de nos lançarmos ao mar – não importa sua maré nem seu sangue – contemplemos a cratera que nos sobe às gargantas. A virgindade há que levá-la a passear como um seminarista, por todos os corredores. Se a saia está rígida há que brindar-lhe a leveza de uma janela aberta, é propício ao conhecimento do sexo. De qualquer modo, uma indiscrição deve ser insinuar-se, como uma criança. A travessura é necessária aos desenhos de um cristal quebrado. Para não desmaiar uma obsessão de infância nos invade e afasta os atos sangrentos anteriores à concepção. Giramos o sol, mudamos o bosque e nos encontramos perdidos. Escapar não requer sistema destacado. Algo negro deve ser o princípio, reação do sangue coagulado. Outra beleza jamais emerge esplendorosa. A espontaneidade, ou desgraçamos a experiência. Apenas os olhos da neurastenia – sensato extravio – iluminam. Para maiores precauções,

comecemos por não haver comido; pensar separados do estômago, ou ficar a um braço da cruz. É conveniente nos depilarmos à total germinação dos nervos. Há que agarrar fortemente seus pontos e jogar com a rudeza destinada a extrair as entranhas de um irmão. Desta maneira estaremos acessíveis a uma neurastenia melhor, salvadora. Nas mãos dez punhais devem preparar-se para a degola. Agora nos seguramos fortemente pelos pés, e deixamos as cabeças sobre a almofada – breve silhueta do universo. Nossos troncos agora podem nadar ou confundir-se com os homens. Para um passar irrepreensível, voemos ao Polo, com nossas medulas enlaçadas.

6.- Raro inferno

Aqui, sobre as rochas, ou além, onde o horizonte floresce velas, um crime é necessário. Para a cor da imagem, um crime. Uma e outra vez nos aproximaremos dessa delícia – deus nectário da asfixia – e fiel à minha tristeza constante eu te deixarei intocada. Fonte de caracol na rota, irremediavelmente nos aproxima, como um âmago de solidão que veste compreensão de cores. Sorriso não frequenta as almas sem fé, nem a dedicação. Os sinos terão que não cair mais aos pés debilitados do entardecer, embriagados de sensatez. Teremos dois, três, e alguns mais imaginados horizontes para nos iludir. Na loucura um presságio de religião é conveniente. Mas, acima de todo o desagregável da brisa, a obsessão do crime deve persistir, intensamente enraizada na pele – corcel com passos de caracol onde as almas jamais se tornam temerosas. Um crime branco, um crime de frenesi que nos separe da vulgaridade. Um sangue que nos leve sem cair no tédio até ele, em cada emoção que se perde por conhecida. Nós percorreremos o arco-íris. Um arco-íris novo a cada explosão. Ir das ondas ao sol, fibra quebrada de reflexo nas rochas sem ilusões movediças, asas nos corações que sabem criar um amor para si. Nós não devemos nos satisfazer, uma contemplação basta aos sangues que se deslocam nas ruas como laranjas feridas de pudor no jardim coberto. Porém estamos muito próximo ou muito longe da realidade que nos comove: o crime, e há que se decidir a ser loucos ou todos os lençóis protestam de sede. Pintemos o sol como se fosse o olho da montanha ou decrescer das amendoeiras cobiçadas no estio. Porém não, tu estás sem sobressaltos – vivo como coral à flor da terra e outras tantas bobagens nas estrelas invisíveis.

Para que o sonho se realize faltam todas as coisas incompatíveis com a angústia, e ela está ausente deste ou daquele céu que me frequenta. Se estamos junto ao demônio, não há que jurar nada à noite nem às almas vazias. Para que os cães não roubem nossa atenção, os enforcaremos em qualquer galho das mãos intangíveis, e a insônia da vítima terá sabor de hiena. O mais adequado é vestir-se de algas. Quantas coisas fazem um crime! Agora a moléstia de distrair meus olhos na loja do mar, minhas imersões não requerem fundo preciso, nem

clima antigo. Porque a indecisão turva os sentidos, te contentarás com desnudar-te. Porém, o crime! Onde está o crime? Outra paixão já não comove. As pessoas, por que nos deixam sozinhos? Um protesto, por que a solidão sempre acompanha o crime e nós devemos ser distintos. Excluiremos a solidão de nossos cálculos. Assim estaremos melhor, um pouco mais solitários. Então o crime não chega. Para mim o crime, do contrário ficaremos sobre o gramado. Iludir-se com o céu acontece todos os dias. Esquecer é cruel em tua presença. Esquecer uma rosa quando murcha ocorre a todos os floristas, e eu só brilho uma flor que nasce de qualquer impertinência dos olhos: o crime rebenta nas pupilas. Um instante sem precisão de calendário duvida e fica a teus pés – passageira sem destino – e o crime se aceita ou tortura. Há que oferecer-se em uma quietude calada, um ambiente levaria a perder a realidade ambiente. Devemos nos sentir como uma valsa. Ouves? Que bem se escuta o silêncio das ondas! Há que manter a atitude: um beijo nos tornaria seres abandonados em um quarto apertado; nós temos outros recursos. Aguardemos, o crime requer ser catado, do contrário seria transbordamento de serventes e os arrecifes se estendem em tua cabeleira. Toda a Augusta excelsa do álcool há que recebê-la com a irreverência de um sentimento qualquer sem a ridicularia dos dias marcados em Agosto, Abril ou Maio. As flores indicam luzeiros tremeluzentes de decepcionadas emoções – sofrer de borboletas sonolentas na tarde coalhada de pintores, amendoeiras sem luz de alcovas adormecidas. Para a perpetração do crime aqui estamos, sem ti e sem mim. Incubar ossos e torná-los popular pelos ares como mensageiros do Senhor, é nosso destino. Esta é tua comunhão com o irremediável. Eu tive muitos crimes. Deixar que o nosso se realize prontamente seria dar razão aos pássaros febris da lua. Eles dão Dezembro a cada amor, e não devemos fatigar seus lábios. Há que dar às pálpebras a natural posição do sonho; assim tudo brilhará melhor, quase interiormente. As sereias não têm por que angustiar-se; urgemos e a impaciência pode esgotar nosso deleite. A psicologia do crime nos tem presos, e é cruel uma amargura no ar. Não é possível ir daqui nas algas ao redor do mundo; nas gaiotas do horizonte as penas se internam – todas as queixas têm uma prenhez de angústia. Nunca procuro situações futuras para meu coração, seu latejo poderia desmaiar em uma mentira. Por isso, sim, há uma, outra e outra e muitas mais. Ela, elas, agora não intervêm. Seria um processo lento somar tantas estações para

criar uma primavera para ti. Façamos amor como nós mesmos, que se detenha a dois passos do pecado. O crime? O crime preocupa somente aos homens, e nós não os vemos. Estamos com o único Juiz verdadeiro, o nosso. Não há por que chamar! Surgiste Mulher em mim. Cala! Amanhã não há que falar do passado. Toda insignificância de hoje não será mais do que cal nas grutas – copas de erguidas ilusões nas esferas. Por outro lado, a almofada deve nos abandonar; somente as pedras se convertem em pesadelos de fios rosados – agradável intenção dos demônios. Depois do crime, as abelhas propiciam um delírio maior. Apóia-te em meu ombro para dar descanso a teu coração sob a sombra de uma chaminé. A incongruência é notável: os sonhos jamais choram fumaça – fio do ar tecedor de árvores. Agora, presenciemos um desfile de seixos e pés feridos sob a água do céu, recuperemos os olhos, recolhamos as pálpebras: as trevas devem reinar com todo seu atavio. Para ser os bêbados eternos, cultivemos videira em um jogo de pequenos e grandes sinos – aridez no dia de mortes. Procuremos por nós um momento posto que a detenção do relógio é necessária no esbanjamento da adolescência. Acima de todas as lerdezas, deve nos proteger um pressentimento de Rainha de Sabá e Príncipe Azul. A humildade do berço não se opõe à exploração de outros campos. Para uma maior exaltação, debes te vestir de sonho, assim a brisa não terá dificuldade em te despir. Evitar uma trapaça do discernimento requer um tapa no sol, a lua e as estrelas se prestam mais a um encantamento. Um riacho faria música adequada à entrega. Para que tua languidez cobre expressão de anjo, reclina-te em uma palmeira qualquer, suas folhas darão a insensatez de seu vaivém. Uma vez retornada a cabeça, perde-a novamente em um cruzar de campos sempre cobertos de verde – invisível sentido da candura eloquente que não redime.

Despoja-te de todas as vestimentas que são os pais e um lar honrado, para a veemência. Já estás pura, para o amor. um voar de cidades e paisagens, e o trem não se detém. Um sonho a mais, e outro sonho. Tudo em uma sucessão sobressaltada. Nada vai à terra. Dança, pés, divinização. Medula, cabeças sem troncos, crime. Pesadelo, embriaguez, adolescência. O vertiginoso intenso interior se impõe. Tudo corre, voa, se transforma; as árvores se detêm para roçar o rosto cadenciado. Algo quer amanhecer, uma terrível confusão a tudo revira, e por cima de tudo, o galope, o galope, o galope. O indizível, por momentos tem um trejeito e o dormir tem uma ligeira

transformação de membros. O lençol se converte, uma e outra vez, em asas da janela aberta e o galope se cansa, acalma. Cidades, paisagens, árvores, tomam a placidez de uma definição. O sonho tomou um ritmo infinito de aroma no amargo sorriso insatisfeito. E tudo é suavidade de esperançosa confiança no dormente.

7.- Nada emocionado

Querem saber os demônios o que é cobiçado em mim. Estendem suas asas a cada golpe do coração. As quimeras rotas como cordas de violão sem ebridade – intermináveis copas de luzeiros – árvores sedentas do vento de infinitos lábios. Já ninguém te recorda na indecisa hora em que te fazes prolongadamente minha. Todos ignoram que os sonhos são relvas florescidas de gelos despertos na encontrada realidade, obscura sombra que se refugia sob o peixe de águas cristalinas. Já nem sequer respiras de tão inconsciente, nem te unes às vigílias de sonhos de dois em dois. Eles escorrem por uma luz retrocedida. Isto não é tudo porque a cada manhã te derramas atrás da montanha. Então eu te contemplo sob ondas que se espatifam no firmamento de águas enlouquecidas pelo vento, rompente que carece de sentido de sede aguçada. As oliveiras nos deixam sem perfume de sacrifícios levados ao mundo como espantalhos porque os amanhãs ainda não conseguiram de mim a perfeição da irrealidade, porque tu não te afogas no pecado de Cristo, e tudo se põe azul como palavras de veneração. Eu te conduzirei a procissões que não te envergonhem nas noites que são como blasfêmias para o transporte da realidade; aos pássaros noturnos como vigília de rouxinóis sob janela de cores. Já não escorres de meus braços invisíveis porque eles chegaram demasiado longe e não me deixas na chatice que sacia. Tua flor não tem essa cor que te faz indefinível sob a árvore de ramos febris, como o mar de corais sangrando sobre a relva estendida. Iremos nos afastando como palmeiras sob um mesmo sol de Maio deflorado na noite dos coveiros sem vidas por cultivar, porém debes te separar dessa realidade que te faz tão negativa ao pesar que me deixa como uma criança sem voz. Afasta-te de todas as coisas que antes faziam de ti desordenada visão de pequenas satisfações humanas, com umas lentes e uma viuvez inventada. Eu te deixarei sem vida em minhas noites que fazem de ti, na verdade, anjo de asas quadradas. A terra está invertida em mim como em um cubo. Ficaremos assim a dois passos da morte natural que os sonhos proporcionam e bem longe para piscar um olho. O mundo se descontrola para ti, como se não estivesse regenerado pelo batismo como três lírios sob a sombra de coisas irrealizáveis. Sequer suspiras de suficiência

descontrolada e és um devir de música sobre os papéis. De tanto respirar sequer te tornas umidade de sonhos que não te transformem em submetida. Eu te verei em todos os corredores que desembocam no vazio, além das coisas que nos aguardam sempre por eternidades adormecidas nos cais sobre a desesperação. Eu te esperarei – esperaremos por nós – sob as águas que o demônio não estrangula de tão diurnas, e juntos iremos tomando pétalas incompatíveis para nos conhecermos melhor sob lâmpadas que são substituídas em ruas coalhadas de cães. Estarás de acordo comigo que nos odiamos porque somos orgulhosos das bobagens que nos tornam humanos, sendo deuses destronados do céu. Deves compreender que as mortes se sucedem como presságios que não se satisfazem nunca com penas ou lágrimas, nem orvalhos do vento; deves compreender que as palavras se tornaram uma verdade humana difícil de compensar como um beiral de pombos enamorados. Tu nem me olhas com teus olhos de morta que caminha para a glória de minhas vigílias, porque estamos distantes a duas primaveras e muita realidade dorme ainda na manjedoura da Anunciação. Deverias ir daqui de joelhos até meu inferno de vaga-lumes e desposar uma flor qualquer que não tresnoite como as chaves no jardim rodeado de espelhos. Então virias a mim salva de tantos obstáculos que te fazem bela. Deverias deixar de percorrer minhas pupilas de angústia, porque não podemos ir no espaço atrás das badaladas, nem ficarmos no bronze dos fiéis. Temos que procurar para nós um ambiente distinto sob o regozijo de te saber desconhecida e não-chegada. Jamais retornarás diante de meus olhos que se quebram como o vidro na criança emocionada. Deverias voltar a se angustiar como antes sobre o penar das almas felizes, quando um purgatório sem fogos queimava os sorrisos angelicais dos condenados. Se perseveras nos encontraremos à volta disto ou do outro que não mudança. Sinto em mim uma urgência de me parecer a lâmpadas alucinadas que refletem as relvas amarelas sob o estio. Elas vêm para não te querer mais inatingível na flor celestial em uma tarde florida de cemitérios afundados. Já todos riem dessa frieza que dão os mármore sob as abóbadas, sacrilégios de vermes como homens de mil pés gastos e muitas genuflexões; assim nos veremos no espelho que são as borboletas do sol e não poderemos ir embora como os pássaros.

Não podemos mais. A vida pesa demasiado. É uma tristeza dobrada nas cavernas que avançam. A noite não pode ser detida em uma esquina qualquer. Deve ser porque nada nos une,

sequer os pensamentos. Eu deveria ir como cão à sombra das casas, fuçando nas lixeiras. É impossível ficar sob o azul e ter a ti presente ou estar triste. Tratarei de te dar outra silhueta para te imaginar melhor. Tudo ficará como árvores ardidadas até as veias frias. Já que estamos no cemitério, confortaria um colóquio com os mortos. Aqui tudo é igual. A tradição fria desconhece o sol das transformações. Se olhas à direita, ninguém ultraja a humanidade do algodão, nem à esquerda um fraque cria ódios. Aqui devemos ter nascido: a música sempre é escutada, uma virada para o Norte ou Sul para agradar com outra melodia, e não fazem falta ouvidos nem mãos para temperar cordas, nem fôlego para sopros estridentes. Tudo é nosso, um ritmo muito teu, muita daquele, muito meu, e tudo descansa em uma serena igualdade. Porém já estamos sob a árvore eleita; nossa primeira incursão aqui termina.

VLÍA
*Poema para la quinta hoja de un
trébol cualquiera*

1. Oído inescuchado

Los espacios quietados, azules de enclavados astros, dan su violeta a la torre invertida del cielo. La torre, extática, muda, salta nerviosa en sus risas y gemidos, como mama tallada de virginidad. Cantar de los gallos espacia la vigilia y el mundo – noche de todos los donceles–.

La vida ha perdido un inconsciente de por qué la vida. El traje color rubor de timidez quedó destrozado en el valladar de los ojos. Clavada torre en el mar de los sueños –remolino de sangre de la sensitiva, blancor de olas altas llagadas como la incertidumbre, o dos pavores y cinco pétalos caídos– traéis a Vlía.

Las cintas grises de la ciudad interior crúzanse desiertas. A trechos regulares espigados señores negros asoman su cabeza de ojo macilento. Y el gato negro acecha...

Vlía anda como el viento –ies el viento!– que sopla hacia el mar. Vlía: mar de angustia. Se azulan sus pasos. Anochecen sus cabellos de tanto ser la noche. ¡Y el gato negro acecha! (Vlía, todo un gato de Noche).

El almendro se desprende de sus pupilas. Los ojos rodantes de la playa buscan su órbita amarga.

La arena: rastro de vientos; fatiga de pupilas; sudario del mar; espaldas de Vlía: Vlía.

La dama blonda –Vlía de amarillez de verde– es indiscreta: su lengua de plata cuenta cosas al oído inescuchado –párpado de toda quimera–: Vlía.

2. Rocío subrosa

Nosotros. Ya no sucede nada. La mar no tiene remordimientos y la brisa no la despeina. Un saludo queda suspenso en las miradas, en las búsquedas íntimas, y no hay más que nosotros. Nosotros: Vlía, tú y yo, que nada sabemos, ni siquiera sonreírnos de una vida a otra, y pensamos como si fuéramos uno, uno solo que se desvive en el cielo, de todos los días nublados por azules. Nosotros ya no queremos ni siquiera mirarnos a través de las pupilas azules. Estamos como si fuéramos dos ojos, cuatro y cien corazones desplegados. Ya no podemos más, y Vlía y tú lo comprenden perfectamente. No nos encontramos ni en el cáliz de la redoma de la bruja cargada de lavandas. Creo que nuestros ojos están fatigados de las distancias recorridas, y que no podemos vindicarnos en los sueños cargados de rocío febril. Iremos navegando en el mar de todos los sinsabores cuajados de dulzuras y de todas las sagradas mentiras. La vela que asoma a lo lejos –Vlía y tú y yo, gaviota de horizonte– se ha engrandecido de vientos para adentrarse en la ría de canalados sentires. Nosotros, ¿qué esperamos de nosotros? ¿Y de ti? ¿Y de Vlía? Estamos situados en la infinita distancia de la cercanía y ni siquiera sollozas. Las lágrimas se hicieron para la fuerza. Tendremos que inventar una nueva telepatía de las almas para encontrarnos extraterrenos, o subrosa –como quieran los hados de todos nuestros deseos, de los deseos tuyos, de los deseos de Vlía. Ya no podemos cargarnos más de mentiras inclinadas de ojos y dedos de frentes– cuidados de cabelleras invisibles. Debemos irnos viendo en ese mapa que carece de posición fisiológica: corazón. Quiero –queremos tú y yo y Vlía lo sabemos bien: siempre lo hemos querido en todos los anhelos borrados de sueños– que nos vayamos adonde tengamos lo que nadie sabe, lo que todos hemos sabido desde antes de conocernos. Porque ni tus ojos, ni los ojos de Vlía, ni los míos, están espejando nada, ni siquiera a nosotros, Vlía. Yo quiero que lo sepas –que lo sepamos– ya nada acelera mi corazón.

3. Desgarrados cristales

Que se detengan todos! Pájaros anclados en el aliento; espejos con empaños de vidas húmedas. Que se detengan todos: Universo, Sol y luna; los astros y la imagen –gota de rocío de arcoiris en la siniestra flor de cinco pétalos; los ojos que brotan de las órbitas infinitas para eternizarse en la visión del jardín, la fuente muda, los perfumes definidos, Vlía y tú, y las margaritas que caen sobre el almohadón desesperado –mano crispada– que se detengan. Que se detengan todos. Y la jaula que vuela en la pupila encarcelada y la rosa amarilla cesen en su vaivén de congojas. Que se detengan todos, porque el demonio quiere soñar y yo, Vlía, lo poseo persiguiéndolo por la pradera de verdeante púrpura apagada. Ahora él sueña –como si fueras tú, Vlía!–, sueña en mí: ritmo interior de todas las mariposas;

Aquella niña del pájaro clavado en todas las emociones de la vida perdida de quebrantos verdaderos olvidados de perfumes idos en la belleza de las palabras, en el oleaje de las penumbras quebradas de rocas llovidas, como de la mano de una paloma o de un –almendro partido por los rayos del sol –relámpago de luz en los desgarrados cristales; aquella niña: recuerdo sacudido en mis oídos vueltos vientos armoniosos de campanas; aquella niña que llena el alma de todos los cipreses mejores y largamente encumbrados copa abajo; ésa que nos transfigura, Vlía, cual si estuviésemos en el fondo de la mar sentados: cabelleras sueltas a todas las corrientes; a ésa que yo pienso en mí locura, como a ti, endemoniadamente colérica: sonrisa desguindada de la forma del lacayo –eterno guardián durmiente; a ésa que juega en la mesa de horizontes como cabelleras de rosas, el triángulo diverso de la feminidad: verde aridez de primavera dormida en las conciencias ausentadas del poema –luz de las miradas, los lentes equívocos de vigiliadas ahumadas; la del respirar de yodos níveo-azules; a esa asomada hacia la silla coja de mil pestañas dispersas; a ésa que yo poseo como al demonio, como a ti, urgido por todas las locuras, pasajeraamente...

A ésa la sueño despertando cuando el paisaje de las miserias descende para angustiarse en los músicos: peldaños de árboles nacidos en las noches de todos los hombres que no caminan como las piedras, bajo las aguas...

4. Inefables rutas

Un silencio estrangula la garganta de luz inventada: el patio interior amanece una sonrisa de primavera; las pestañas – marco alado– trajean de verde su rojo de ojos cerrados; la mano de fuego ennegrece los párpados –transparencias recién nacidas de inquietos pájaros umbrosos. Vía: Alucinación.

Lo he intentado muchas veces, demasiadas, itantas que ya los sueños protestan! Jamás quise pedir nada; sólo un recuerdo –en nombre del amor, un recuerdo. Que tuviera un desmayo la resistencia, que dejara su cabeza degollada sobre un tronco lánguidamente, y que la brisa se hiciera fría, más fría bajo el árbol de la incomprensión, porque los desesperos hielan la tarde. No he pedido a los pechos un sube y baja de hipocresía, ni a las gasas manchas de sangre, como un dolor a dos negaciones. Sólo pedí la presencia de un pasado: un otoño sin hojas secas, preparativos matrimoniales, ni corduras que se sustituyen. No puedo aguardar el retorno de un alma rota sobre la almohada de dos huecos, uno que no es mío, para entonces devolverla unguida por mi ardor. ¡No aguardo nada! El labio de la luna no miente en la quimera: –de noche sus llantos. Señor de sus vigias, y es tuya cuando está dormida. ¡No quiero aguardar nada! La cita, renovación de la imagen, la he entregado al aire para ensoñar los astros, porque por sobre el amor resulta pura. ¡No quiero aguardar nada! Ni la reconstrucción. Sobre el dedo de las ruinas sólo el recuerdo debe levantarse: presentimientos vagos de reconciliación: ignorar de seres encontrados en inefables rutas. ¡No quiero aguardar nada! Ni la llegada del agua que no tiene los campanarios de los floreros, ni la sublime emanación de los colores. ¡No quiero aguardar nada! Sólo las grandes horas que se olvidan por soñadas.

5. Sueño eclosivo

Para el amor todo se hace breve lentitud. La inconstancia no mira en la habitación oscura, ni se explaya en la furia. Luceros sin almendros perjudican la profesión de adorar. No mueven al odio salvador del hastío. La realidad precisa un natural encantamiento interior, emocionado, al reverso de los ojos, intensamente. La madrugada pertenece al gato negro –viejo habitante de lo apacible– se queda en la azotea húmeda –órbita de la noche raptada al cielo. Danza y otros pies habitan su frenesí. La pena no sonríe, ni ciena. Ni melancólica quietud ni albor de ruiseñores, suenan tres perdones en la ventana –quebrantamiento de la cita lunar y las cortinas. Ojos de imágenes sagradas quedan sepultados en las conquistas sin copas que calman los grises –prolongación del aire hasta la aurora. ¡Todo quedará distinto! Lejana reconstrucción del mundo, sucinta arista de la mudez, y tú, intachable en la propagación del vicio. Para nacer escogeremos la perla del campanario nadando en la alborada –suave admiración de la caída. Floreciendo todo, no nos distinguiremos, será preferible fabricarnos una manzana inicial en un camino siempre inhollado. El brotar de las cavernas precisa raro encantamiento y uno que otro movimiento pulmonar en la quimera. Consumirse mueve al desorden. No diviniza la serpiente que está en turno, hay que dejarla lomizando los troncos del insomnio. Latiremos una vez, y el eco nos lo repetirá al infinito –oído interior petrificado en la disolución de los pétalos, burda mecánica en los orillas. Para nuestra primera divinización, volvamos a la intemperie, rechazemos los pies. Después del nacimiento, la perduración del amor necesita intensa embriaguez de entrañas.

La amargura jamás debe mostrar sus dientes; escapar por las manos marchitando la sal que provoca, es el destino de la sonrisa.

La fantasía no debe guiñarnos si estamos cogidos de las manos. Para continuar en la resurrección basta una fiebre y muchos dedos estrujados. Esencial es irse con labios de burla a todo lo demás, que no otra cosa se agita en nosotros, sino la creación de algo inadecuado. Un baño de espiritualidad conforta, mas, margina el goce. Para no perder la serenidad, un

salto es necesario. En la acompasada tristeza de los otros, buscaremos regocijo perenne –subterfugio para deshogarnos insensiblemente, las palabras no deben preocuparnos, sólo nosotros damos sentido a las estrellas. Imaginar un cielo siempre igual, acontece a los despreocupados. Agrandar los ojos por una jugarreta de la naturaleza, sucede a las personas que carecen de una interioridad liberada. Ya que nacimos, el parecernos a muchas extravagancias que usan dos pies en vez de sus cuatro naturales, nos privaría del ridículo que tanto acerca a lo patético. Un perfume y otros nominados no forman una rosa, hay que arrancarla al aire, soberbiamente. Para hacerte no he tenido que viajar a las minas, una idea satisfizo a lo increado. Para no olvidar nada, te he dado poesía, indigestión de poltronas y guantes. Así, seremos semejantes: alargar el tiempo abstrayéndolo de nuestras incursiones, es la sabiduría que nos separa de lo cotidiano. Para salvarnos del regreso el dormir nos interroga. Hay que dormir un desvelamiento de los oídos, y algunos crujidos más en el corazón. Quedarse como un desmayo de la Muerte, es retrógrado. Arrojemos los párpados sobre los yerbajos del camino, ya que continuar en el polvo nos da la sensación de innacidos. De todos maneras, ahí finaliza el proceso natural de ellos –grosera comedia sin acto determinado– y nuestro telón cobra alas infatigables. Nuestra respiración nos trae otras respiraciones; contagiarse de ellas propiciaría la impureza de nuestra verdadera misión, quedarnos como nubes sin lluvias, y tú quisiste un presagio de rocío en el aliento de la mañana. Para la contemplación es requerido arrojar los ojos al sol. Si hemos de continuar, el sufrimiento se impone, el gozo se anticipa en los cobardes. Vayamos por partes: que los tentáculos palpén el aire de invisibles cabezas degolladas, donde prima el diamante del azul. Antes de lanzarnos al mar –no importa su marea ni su sangre– contemplemos el cráter que nos sube a las gargantas. La virginidad hay que pasearla como un seminarista, por todos los corredores. Si la falda está rígida hay que brindarle la ligereza de una ventana abierta, es propicio al conocimiento del sexo. De todos modos, una indiscreción debe insinuarse, como un niño. La travesura es necesaria a los dibujos de un cristal quebrado. Para no desmayar una obsesión de niñez nos invade y aparta los actos sangrientos anteriores a la concepción. Giramos el sol, mudamos el bosque y nos encontramos perdidos. El escapar no requiere sistema señalado. Algo negro debe ser el principio, reacción de la sangre coagulada. Otra belleza jamás emerge

esplendorosa. La espontaneidad, o desgraciamos la experiencia. Sólo los ojos de la neurastenia –cuerdo extravía– iluminan. Para mayores precauciones, empecemos por no haber comido; pensar separados del estómago, o quedarnos a un brazo de la cruz. Depilarnos es conveniente al total brote de los nervios. Hay que agarrar sus puntos fuertemente y tirar con la rudeza destinada a zafarle las entrañas a un hermano. De esta manera estaremos accesibles a una neurastenia mejor, salvadora. En las manos diez puñales deben cornearse para el degüello. Ahora nos asimos fuertemente por los pies, y dejamos las cabezas sobre el almohadón –breve silueta del universo. Nuestros troncos pueden nadar ahora o confundirse con los hombres. Para un pasar intachable, volem al Polo, con nuestras médulas enlazadas.

6. Raro infierno

Aquí, sobre las rocas, o allá, donde el horizonte florece velas, un crimen es necesario. Para el color de la imagen, un crimen. Nos acercaremos una y otra vez a esa delicia –dios nectario de la sofocación– y fiel a mi constante tristeza te dejaré intocada. Fuente de caracol en la ruta, nos acerca irremediadamente, como un amago de soledad que viste comprensión de colores. Sonrisa no frecuente las almas sin fe, ni el desvelo. Las campanas tendrán que no caerse más a los pies desangrados del atardecer, de cordura embriagadas. Tendremos dos, tres, y algunos más imaginados horizontes para ilusionarnos. En la locura un presagio de religión es conveniente. Mas, por sobre todo lo disgregario de la brisa, la obsesión del crimen debe persistir, intensamente arraizada en la piel –corcel con pasos de caracol donde las almas jamás se vuelven temerosas. Un crimen blanco, un crimen de frenesí que nos separe de la vulgaridad. Una sangre que nos lleve sin caer en el hastío hasta él, en cada emoción que se pierde por conocida. Nosotros recorreremos el arcoiris. Un arcoiris nuevo a cada explosión. Irse de las olas al sol, brizna quebrada de reflejos en las rocas sin movedizas ilusiones, alas en los corazones que saben crearse un amor. Nosotros no debemos satisfacernos, una contemplación basta a las sangres que dislocan en las calles como naranjas heridas de pudor en el jardín tapiado. Pero estamos muy cerca o muy lejos de la realidad que nos conmueve: el crimen, y hay que decidirse a ser locos o todas las sábanas protestarán de sed. Pintemos el sol como si fuera el ojo de la montaña o decrecer de los almendros cobijados en el estío. Pero no, tú estás sin sobresaltos –vivo coral a flor de tierra y otras tantas tonterías en las estrellas invisibles.

Para que el sueño se realice faltan todas las cosas incompatibles con la angustia, y ella está ausentada de este o de aquel cielo que me frecuenta. Si estamos junto al demonio, no hay que jurar nada a la noche ni a las almas vacías. Para que los perros no roben nuestra atención, los ahorcaremos en cualquier rama de las manos intangibles, y el insomnio de la víctima tendrá sabor de hiena. Lo más adecuado es trajearse de algas. ¡Cuántas cosas hacen un crimen! Ahora la molestia de distraer mis ojos en la tienda del mar, mis inmersiones no requieren

fondo preciso, ni clima antiguo. Te contentarás con desnudarte, porque la indecisión turba los sentidos. Pero, ¡el crimen! ¿Dónde está el crimen? Otra pasión ya no conmueve. Las personas, ¿por qué nos dejan solos? Una protesta, porque la soledad siempre acompaña al crimen y nosotros debemos ser distintos. Excluiremos la soledad de nuestros cálculos. Así estaremos mejor, un poco más solos. Entonces el crimen no llega. Para mí, el crimen, de lo contrario nos quedaremos sobre el césped. Ilusionarse con el cielo acontece todos los días. Olvidar es cruel en tu presencia. Olvidar una rosa por marchita ocurre a todos los floreros, y yo sólo luzco una flor que nace de cualquier impertinencia de los ojos: el crimen botona en las pupilas. Un instante sin precisión de calendario duda y queda a los pies –pasajería sin destino– y el crimen se acepta o tortura. Hay que ofrecerse en una quietud callada, un beso haría perder la realidad ambiente. Debemos sentirnos como un vals. ¿Oyes? ¡Qué bien se escucha el silencio de las olas! La actitud hay que mantenerla: un beso nos haría seres abandonados en una habitación estrecha; nosotros tenemos otros recursos. Aguardemos, el crimen requiere ser catado, lo contrario sería desbordamiento de sirvientes y los arrecifes se extienden en tu cabellera. Toda la augusta exquisitez del alcohol hay que recibirla con la irreverencia de un sentimiento cualquiera sin la ridiculez de los días señalados en Agosto, Abril o Mayo. Las flores precisan luceros titilantes de emociones decepcionadas –sufrir de mariposas somnolientas en la tarde cuajada de pintores, almendros sin luz de alcobas dormidas. Para la perpetración del crimen estamos aquí, sin ti y sin mí. Incubar huesos y hacerlos pulular por los aires como mensajeros del Señor, es nuestro destino. Esta es tu comunión con lo irremediable. Yo he tenido muchos crímenes. Dejar que el nuestro se realice prontamente sería darle la razón a los pájaros enfebrecidos de la luna. Ellos dan Diciembre a cada amor, y no debemos fatigar sus labios. Hay que dar a los párpados la natural posición del sueño; así todo brillará mejor, casi interiormente. Las sirenas no tienen por qué angustiarse; nos urgen y la impaciencia puede agostar nuestro deleite. La psicología del crimen nos tiene atrapados, y es cruel una amargura en el aire. No es posible irse en las algas alrededor del mundo; en las gaviotas del horizonte las penas se internan –todas las quejas tienen una preñez de angustia. Nunca procuro situaciones futuras a mi corazón, su latido podría desmayarse en una mentira. Por eso, sí, hay una, otra y otra y muchas más.

Ella, ellas, no intervienen ahora. Sería un proceso lento sumar tantas estaciones para crearte una primavera. Hagamos un amor como nosotros mismos, que se detenga a dos pasos del pecado. ¿El crimen? El crimen sólo preocupa a los hombres, y nosotros no los vemos. Estamos con el único Juez verdadero, el nuestro. ¡No hay por qué llamar! Has asomado Mujer en mí. ¡Calla! Mañana no hay que hablar del pasado. Toda ridiculez de hoy quedará cal en las grutas –copas de alzadas ilusiones en las esferas. Por otra parte, la almohada debe abandonarnos; sólo las piedras se convierten en pesadillas de filos rosados –agradable intención de los demonios. Después del crimen, un delirio mayor propician las abejas. Apóyate en mi hombro para darle descanso a tu corazón bajo la sombra de una chimenea. La incongruencia es notable: los sueños jamás lloran humo –hebra del aire tejedor de árboles. Ahora, presenciemos un desfile de guijarros y pies heridos bajo el agua del cielo, recuperemos los ojos, recojamos los párpados: las tinieblas deben reinar con todo su atavío. Para ser los ebrios eternos, cultivemos vid en un juego de campanas pequeñas y grandes –aridez en el día de muertes. Procurémonos un momento puesto que la detención del reloj es necesaria en el despilfarro de la adolescencia. Por sobre todas las torpezas, un presentimiento de Reina de Saba y Príncipe Azul, debe protegernos. La humildad de la cuna no se opone a la exploración de otros campos. Para una mayor exaltación, vístete de sueño, así la brisa no tendrá reparo en desnudarte. Evitar una jugarreta del discernimiento requiere un manotazo al sol, la luna y las estrellas se prestan más a un encantamiento. Un riachuelo nos haría música adecuada a la entrega. Para que tu languidez cobre expresión de ángel, reclínate en una palma cualquiera, sus hojas te darán la insensatez de su vaivén. Una vez retornada la cabeza, piérdela de nuevo en un cruzar de campos siempre cubiertos de verde –invisible sentido del locuaz candor que no redime.

Despójate de todas las vestiduras que son los padres y un hogar honorable, para la vehemencia. Ya estás pura, para el amor. Un volar de ciudades y paisajes, y el tren no se detiene. Un sueño más, y otro sueño. Todo en una sucesión sobresaltada. Nada va a la tierra. Danza, pies, divinización. Médula, cabezas sin troncos, crimen. Pesadilla, borrachera, adolescencia. Lo vertiginoso intenso interior se impone. Todo corre, vuela, se transforma; los árboles se detienen para un roce en el rostro acompasado. Algo quiere amanecer, una confusión terrible lo revuelve todo, y por sobre todo, el galope, el galope, el galope.

Lo indecible, a ratos tiene un visaje y el dormir tiene una ligera transformación de miembros. La sábana una y otra vez se convierte en alas de la ventana abierta y el galope se fatiga, calma. Ciudades, paisajes, árboles, toman la placidez de una definición. El sueño toma un ritmo infinito de aroma en la amarga sonrisa insatisfecha. Y todo es suavidad de esperanzada confianza en el durmiente.

7. Nada emocionada

Lo quieren saber los demonios que se cobijan en mí. Extienden sus alas a cada golpe del corazón. Las quimeras rotas como cuerdas de guitarra sin ebriedad –interminables copas de luceros– árboles sedientos del viento de infinitos labios. Ya nadie te recuerda en la indecisa hora en que te haces prolongadamente mía. Todos ignoran que los sueños son yerbas florecidas de hielos despiertos en la encontrada realidad, obscura sombra que se refugia bajo el pez de aguas cristalinas. Ya ni siquiera respiras por inconsciente, ni te unes a las vigiliadas de sueños de dos en dos. Ellos se escurren por una luz retrocedida. Esto no es todo puesto que cada mañana te vuelcas tras la montaña. Entonces te contemplo bajo olas que se estrellan en el firmamento de aguas enloquecidas por el viento, rompiente que carece de sentido de sed agudizada. Los olivos nos dejan sin perfume de sacrificios llevados como espantapájaros al mundo porque los mañanas aún no me tienen logrado hasta la perfección de la irrealidad, porque tú no te ahogas en el pecado de Cristo y todo se pone azul como palabras de veneración. Te conduciré a procesiones que no te avergüencen en las noches que son como blasfemias al transporte de la realidad; a los pájaros nocturnos como vigilia de ruiseñores bajo ventana de colores. Ya no te escurres de mis brazos invisibles porque te han llegado demasiado lejos y no me dejas en la pesadez que sacia. Tu flor no tiene ese color que te hace indefinible bajo el árbol de ramas febriles, como el mar de corales sangrantes sobre la yerba extendida. Nos iremos alejando como palmeras bajo un mismo sol de Mayo desflorado en la noche de los sepultureros sin vidas que cultivar, pero debes sustraerte a esa realidad que te hace tan negativa a la pesadumbre que me deja como un niño sin voz. Te alejas de todas las cosas que antes te hacían visión desordenada de pequeñas satisfacciones humanas, con unos lentes y una viudez inventada. Te dejaré sin vida en mis noches que te hacen en verdad ángel de alas cuadradas. La tierra está volcada en mí como en un cubo. Nos quedaremos así a dos pasos de la muerte natural que proporcionan los sueños y muy lejanos para guiñarnos un ojo. El mundo se desboca hacia ti, como si no estuviera regenerado por el bautismo como tres lirios bajo la

sombra de cosas irrealizables. Ni siquiera suspiras de suficiencia descontrolada y eres un devenir de música sobre los papeles. De tanto respirar ni siquiera te vuelves humedad de sueños que no te transformen en sometida. Te veré en todos los corredores que desembocan en el vacío, más allá de las cosas que nos aguardan siempre por eternidades dormidas en los muelles sobre la desesperación. Te esperaré –nos esperaremos –bajo las aguas que el demonio no estrangula por diurnas y nos iremos juntos tomando pétalos incompatibles para conocernos mejor bajo bombillas que se sustituyen en calles cuajadas de perros. Tú convendrás en que nos odiamos porque somos orgullosos de las tonterías que nos hacen humanos, siendo dioses destronados del cielo. Debes comprender que las muertes se suceden como presagios que no se colman nunca en penas ni lágrimas, ni rocíos del viento; debes comprender que las palabras se han vuelto una verdad humana difícil de compensar como un alero de palomas enamoradas. Tú ni me miras con tus ojos de muerta que camina hacia la gloria de mis vigilias, porque estamos distantes a dos primaveras y mucha realidad duerme aún en el pesebre de la Anunciación. Deberías irte de rodillas hasta mi infierno de luciérnagas y desposarte con una flor cualquiera que no trasnoche como las llaves en el jardín rodeado de espejos. Entonces vendrías a mí salvada de tantos obstáculos que te hacen bella. Deberías dejar de recorrer mis intrincadas esencias porque me estoy fatigando de tantos pasos bajo pupilas de angustia, porque no podemos irnos en el espacio tras las campanadas, ni quedarnos en el bronce de los fieles. Tenemos que procurarnos un ambiente distinto bajo el regocijo de saberte desconocida e inlegada. Jamás tornarás frente a mis ojos que se quiebran como el vidrio en el niño emocionado. Tú deberías volver a angustiarte como antes bajo el penar de las almas felices, cuando un purgatorio sin fuegos quemaba las angelicales sonrisas de los condenados. Si perseveras nos hallaremos a vuelta de esto o de lo otro que no tiene cambio. Me está urgiendo parecerme a lámparas alucinadas que reflejan las yerbas amarillas bajo el estío. Ven para no quererte más inalcanzable en la flor celestial en una tarde florida de hundidos cementerios. Ya todos ríen con esa frialdad que dan los mármoles bajo las bóvedas, sacrilegios de gusanos como hombres de mil pies gastados y muchas genuflexiones; estaremos viéndonos en el espejo que son las mariposas del sol y no podremos irnos como los pájaros.

No podemos más. La vida pesa demasiado. Es una tristeza doblada en las cavernas que avanzan. La noche no se puede detener en una esquina cualquiera. Debe ser que a nosotros nada nos une, ni siquiera los pensamientos. Debiera irme como perro a la sombra de los casas, hurgando en los zafacones. Es imposible quedarse bajo lo azul y tenerte presente o estar triste. Trataré de darte otra silueta para imaginarte mejor. Todo quedará como árboles ardidos hacia las venas frías. Ya que estamos en el cementerio, un coloquio con los muertos confortaría. Aquí todo es igual, la tradición fría desconoce el sol de las transformaciones. Si miras a la derecha, nadie ultraja la humanidad del algodón, ni a la izquierda un chaqué crea odios. Aquí debimos haber nacido: la música siempre es escuchada, un viraje al Norte o al Sur para agradar con otra melodía, y no hacen falta oídos ni manos para templar cuerdas, ni aliento para estridentes soplos. Todo es nuestro, un ritmo muy tuyo, muy de aquel, muy mío, y todo descansa en una igualdad serena. Pero ya estamos bajo el árbol elegido; nuestra primera incursión aquí termina.



